

TESTIGOS OCULTOS

Victor Pavic Lundberg

Traducción: Julieta Brizzi

MOTUS

EFEECTO TARDÍO

CAPÍTULO 1

LOA BERGMAN CONTEMPLABA LOS DESECHOS que arrastraba la lluvia en la acera. Alrededor de sus zapatos había salsa de tomate, jamón y queso de la pizza devorada con ansias el día anterior. Las náuseas habían sobrevenido sin previo aviso. De una sola vez, todo salió de su cuerpo con solo inclinar la cabeza. Para su sorpresa, ocurrió casi en silencio. Sentía el aroma penetrante de la acidez estomacal mientras se secaba la boca y miraba de reojo a los transeúntes. Nadie parecía haber visto lo que había sucedido, porque todos a su alrededor estaban absortos en sus teléfonos móviles, en sus auriculares con reductor de ruido y en caminar velozmente, resueltos a evitar todo contacto humano.

Loa abrió la puerta del edificio de la calle Mäster Samuel y entró.

El espejo del elevador le devolvió la imagen de sus ojos enrojecidos y sus ojeras oscuras. Su piel se veía transparente como el papel de arroz y las pecas que cubrían sus mejillas parecían desgastadas. El suéter fino de Filippa K que había comprado por Internet —a pesar de que el dinero del seguro por enfermedad se había acabado hacía mucho tiempo—, y que vestía para esa ocasión especial, no lo hacía verse mejor.

Suspiró profundamente, concentrado, y sintió que le retumbaba la cabeza. La lengua estaba áspera y pegajosa. Se arrepintió de las muchas y enormes copas de vino que se había tomado la noche anterior, que en ese momento le habían parecido necesarias. Buscó en el bolso una botella de agua con gas, desenroscó la tapa y tomó tres tragos rápidos.

El elevador subía, piso tras piso. Un nerviosismo sordo le hacía temblar el estómago. Aún tenía tiempo de arrepentirse, dar la vuelta y regresar a casa. Nadie se atrevería a cuestionar la decisión. Las puertas de metal se abrieron con un pitido. Lo se sobresaltó por el ruido agudo inesperado que seguía asustándolo. Avanzó hacia la puerta cerrada que conducía a la redacción del periódico. No era probable que recordara el código, pero los dedos habituados presionaron la combinación de solo cuatro números. La memoria muscular funcionó, pese a la ausencia de un año.

Levantó la cabeza y pasó directamente por delante de la mesa de noticias, el corazón del periódico. Allí se escribían y publicaban artículos que leían millones de suecos todos los días. Los televisores en las paredes mostraban sin sonido las emisiones de la CNN, la BBC y al-Yazira. El presidente estadounidense aparecía simultáneamente en las pantallas. Las llamadas ininterrumpidas de las líneas directas, el teclear en las computadoras y el ruido de algún periodista que intentaba hacer que la policía le diera información cubrían como una aburrida alfombra el paisaje abierto de la oficina.

Por el rabillo del ojo vislumbraba rostros bien conocidos. Veía cómo levantaban la mirada de las computadoras con cara de asombro. A sus espaldas, escuchó que alguien susurraba: “¿Ha regresado?”. A pesar de que había pasado casi toda su vida adulta en la redacción, en ese momento se sentía en una tierra extraña. Todo estaba igual, pero parecía diferente. “Aún merezco trabajar aquí”. Repetía esa frase mentalmente como un mantra.

Cuando entró ocho años atrás, a los veintiuno, estaba convencido de que había sido un error, que el jefe de personal había llamado a la persona equivocada, que en realidad el puesto de becario pertenecía a otra persona. Le parecía excesivo alcanzar su sueño tan pronto. Daba por hecho que debía bregar al menos cinco años en el periódico local con noches de trabajo en el ayuntamiento, haciendo servicios de guardia por incendios de casas y reportajes sobre la apertura de nuevas tiendas antes de que el gran periódico vespertino de Estocolmo lo aceptara. Error o no, en ese preciso momento se prometió a sí mismo no decepcionar a nadie con la seguridad de que la oportunidad era suya. La pregunta era si aún podía mantener la promesa. Habían ocurrido demasiadas cosas en el periódico durante la última década. Muchos lo consideraban una transformación despiadada. La edición en papel de los periódicos se había derrumbado y, con ella, los ingresos. Durante la época de despidos masivos, el personal se había reducido a la mitad en varios turnos. Dejaron de utilizar el helicóptero que hacía informes fotográficos y, tiempo después, lo vendieron.

Antes, este periódico fijaba la agenda informativa por unanimidad. Hoy debía luchar como cualquier otro de tantos para superar el ruido cada vez más alborotado de los medios de comunicación. Ser el primero era lo único que importaba. A pesar de eso, en la redacción aún se vivía el sueño de poder dar la gran primicia, una que impactara a toda Suecia.

Loa logró evitar a los colegas y se escabulló hacia una de las salas de reunión. Se quitó el abrigo mojado y lo colgó sobre una silla. Unos pasos ágiles y reconocibles se escucharon por el pasillo y poco después irrumpió en la habitación el director de noticias, Sigge Classon.

A pesar de que a Sigge le sobraban al menos cincuenta kilos, parecía que levitaba por la redacción cuando avanzaba con su manera enérgica de caminar, inclinado hacia delante.

Esa velocidad lo había ayudado muchas veces en su carrera. Cuando aún era reportero de noticias, siempre era el más rápido en llegar al lugar de los hechos. Sigge había sido el primer periodista en Sveavägen cuando fue asesinado Olof Palme. Fue el primero en llegar cuando la policía atrapó al delincuente conocido como el “hombre láser” frente al banco Handelsbanken en la calle Hornsgatan.

También había sido el primero, bolígrafo y libreta en mano, cuando su hija Cecilia de dieciocho años murió en un accidente de coche. No volvió a ser el mismo después de eso.

—¡El hijo pródigo!

Loa levantó con cuidado su mano derecha y bajó el volumen del audífono. A pesar de que casi no oía, aún tenía dificultades para aceptarlo. Sigge se sentó en la silla de enfrente y lo miró un buen rato. A ninguno de ellos le gustaba hablar de cosas difíciles y mirarse era un acuerdo mudo para pasar por alto los abrazos pegajosos. Aparte de dos breves llamadas telefónicas, su comunicación había sido inexistente durante un año. Hacía algunos días, a medida que se aproximaba la fecha límite para el alta médica, Sigge lo había llamado para proponerle la idea sobre un artículo que debería escribir durante la primavera para “volver a ponerse en forma”. Quería esperar a que se vieran para darle más detalles.

—Supongo que tienes miles de ideas. Pero creo que debes comenzar lentamente. Queremos cuidarte.

“Cuidarte”. Loa se rio por la ironía y se dio cuenta de que no tenía ni una sola idea, pero no dijo nada.

Sigge puso su computadora y su iPhone sobre la mesa. Los objetos que lo seguían hasta al baño, como si fueran partes del cuerpo sin las que nunca podía estar. El cerebro y el corazón de Sigge, como Danijela solía llamarlos apropiadamente, sin especificar cuál era cuál. Las notificaciones de todos los medios del mundo hacían que el teléfono vibrara constantemente. Sigge llevaba en la mano una carpeta de plástico llena

de papeles y recortes de periódicos que arrojó sobre la mesa. Loa vislumbró algunos titulares en letras negras sobre un papel amarillento.

119 MUERTOS EN UN ACCIDENTE AÉREO EN PLENO ESTOCOLMO

—¿Cuántos años tenías cuando se estrelló el avión en Medborgarplatsen? ¿Trece?

—Diez —respondió Loa sin reflexionar.

Se preocupaba por que su voz fuera lo más grave posible. Había comenzado a hacerlo casi inconscientemente cuando conversaba con hombres heterosexuales, mayormente para compensar el desequilibrio de poder invisible que siempre se interponía.

—Una historia espantosa —dijo Sigge.

Extrajo un caramelo del bolsillo de su camisa turquesa, le quitó el papel y se lo metió en la boca. Parecía que hacía el movimiento automáticamente. Sigge siempre vaciaba el cuenco de golosinas de la redacción y se guardaba los caramelos en los bolsillos. Marianne era su marca favorita, y a juzgar por el papel que estaba sobre la mesa delante de ellos, era la que ahora saboreaba. Sigge chupó el caramelo varias veces antes de continuar.

—¿Quién hubiera creído que se estrellaría un avión en medio de esta ciudad? Todo el país quedó paralizado durante una semana. —Sigge abrió la palma de la mano—. ¡Bang! —dijo cuando golpeó la mesa.

El movimiento y el ruido hicieron sobresaltarse a Loa. Surgieron las imágenes del recuerdo de su infancia, de un tiempo anterior a la traición de su padre. La familia unida, sentada frente al televisor, seguía las noticias de la catástrofe. Sus padres le dieron dinero para ir en bicicleta a la tienda a comprar los periódicos para no perderse los detalles más

importantes. Cuando se quedaron solo él y su madre en la pequeña ciudad de Västergötland, no le permitía ir a la plaza por miedo a que allí también se estrellara un avión. Ella ignoraba que era casi imposible que volviera a suceder a más de trescientos kilómetros del lugar del accidente. “Ocurrió allí, puede ocurrir aquí”, decía al mismo tiempo que rodeaban el camino pasando junto a las fachadas de las casas en lugar de cruzar la plaza.

Sigge interrumpió los pensamientos de Loa.

—Aún falta bastante, pero este año se cumplirá el vigésimo aniversario.

—¿Ya ha pasado tanto tiempo? —dijo Loa, e intentó sonar sorprendido.

La fecha, el año, los nombres, los rostros. Nada desaparecía de su recuerdo. “Eres más fiable que una computadora”, había sentenciado un profesor en el bachillerato. Aunque lo cierto era que todo el año anterior estaba borroso, tenía sus motivos.

—Sí, el tiempo pasa.

—¿Y qué quieres que haga?

Sigge señaló la página del periódico.

—Pensaba que podrías escribir sobre el suceso, qué ocurrió, qué no ocurrió. —Sigge buscaba las palabras—. Y entrevistar a algunos sobrevivientes. Quizá seas bien recibido como uno de ellos.

“Un sobreviviente”.

Loa se esforzó para parecer impasible y se obligó a sonreír. La presión sobre el pecho había regresado y le corría el sudor por los brazos. Esperaba que las manchas no se vieran en el algodón verde.

¿Así era como lo veía la gente ahora? ¿Cómo se habría descrito a sí mismo si fuera otra persona? Probablemente igual.

Sigge levantó las manos, como mostrándose desarmado.

—Sin malas intenciones. Pero ¿comprendes lo que quiero decir?

—Sí, seguro. Ningún problema. Suena... emocionante —respondió Loa lo más despreocupadamente posible. Era consciente de que las personas delicadas y sensibles eran lo peor para Sigge.

Aún merecía trabajar allí.

—Debes de pensar que seguramente no seremos los únicos que han comenzado a trabajar sobre el aniversario. Se trata de conseguir primero a testigos, héroes y familiares. Es mejor comenzar ahora, ya que tu trabajo es más independiente. —Sigge hizo una pausa teatral—. Pero ¿sabes lo que tenemos nosotros que los otros medios no tienen?

Loa fingió pensar, pero no tenía ganas de dar ninguna respuesta inteligente.

—No.

—¡A ti!

Loa asintió con claridad para mostrar que había captado la información, pero con la suficiente mesura como para no parecer demasiado efusivo. Se dio cuenta de que Sigge tenía razón. Visto objetivamente, era una buena idea. Y podía salir muy bien si lo lograba. Aun si implicaba volver a destruirlo todo. Seguro que la psicóloga laboral no lo aprobaría. “Es demasiado parecido a tu propia experiencia”, diría ella.

Pero no tenía que saberlo, porque hacía mucho tiempo que no iba.

—Busca en el archivo si hay gente que hubiéramos entrevistado en su día que hoy pudiera ser de interés. Y fíjate si nos hemos olvidado de alguien.

—Por supuesto.

—Pero no te sientas presionado. Dentro de unos días puedes informarme cómo te ha ido.

Sigge tenía las gafas colocadas descuidadamente sobre su pelo gris y ralo. Había más pelo en sus fosas nasales, que parecían haber crecido recientemente. Se le habían formado profundas arrugas alrededor de los ojos y la piel bajo la

mandíbula y la barbilla le colgaba flácida. Toda una vida profesional en un periódico vespertino, de estrés y mal dormir, habían dejado su huella. ¿Tendría Loa el mismo aspecto en treinta años?

—Claro —Loa tenía problemas para encontrar palabras positivas y entusiastas. Esperaba que no sonaran igual de vagas de lo que lo hacían en sus oídos.

—A propósito. —Sigge miró de reojo las notificaciones que iluminaban la pantalla de su móvil—. ¿Cómo van las cosas entre Danijela y tú?

Sintió un calambre en el estómago cuando escuchó el nombre.

Danijela.

La escudera, la reportera estrella y su mejor amiga.

Debía anteponerle el prefijo “ex” a esas tres denominaciones. Loa pensaba que nunca más hablaría con ella, pero respondió:

—Van bien, pero no es como antes.

—Comprendo —respondió Sigge sin comprender nada, porque luego cambió rápidamente de tema—. Creo que deberías tener como objetivo trabajar aquí en la redacción algunas horas al día al menos. ¿Te parece bien? —Se acomodó en la silla, un claro signo de que quería ir terminando.

—Por supuesto —respondió Loa, que inmediatamente comenzó a buscar motivos para no hacerlo.

Lo podría resolver. Quería evitar la redacción a cualquier precio y, desde luego, no quería encontrarse con Danijela. Pero Sigge no tenía por qué saberlo.

—Gracias.

—Entonces, ¿quedamos en eso?

—Sí.

Sigge recogió su computadora y su móvil y se alejó de la sala tan rápido como había llegado.

Sobre la mesa aún estaba la carpeta con los periódicos. Otro titular se destacaba entre los recortes.

EL ESTRUENDO SE ESCUCHÓ EN TODA LA CIUDAD

Se encendió una llama dentro de él que no sentía hacía tiempo. La resaca ya se sentía lejana, como si hubiera abandonado su cuerpo inmediatamente.

Era el jueves 23 de enero y había llovido continuamente durante toda la semana.

PUNTO DE IMPACTO

James Queally

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MOTUS

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, sitios, sucesos e incidentes son producto de la imaginación del autor o están utilizados de manera completamente ficticia. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

PRÓLOGO

SIEMPRE DECÍAN QUE NO HABÍA que correr. Ni resistirse.

Mientras corría a toda velocidad por la calle Once Sur, sintiendo que los pulmones le ardían por el aire frío y por demasiados “Solo fumaré dos cigarrillos al día”, Kevin Mathis deseó que pudieran haber visto de qué estaba escapando y por qué no siempre importa lo que uno haga o deje de hacer.

Avanzó resoplando, con los puños cerrados, balanceando los codos hacia las caderas con movimientos violentos. Pégale al enano, decía siempre el entrenador de atletismo, durante la semana entera en que él asistió a entrenamiento en el primer año del bachillerato.

En aquel entonces, a los catorce años, con menos kilómetro en las vías aéreas y menos comida basura de las dos de la mañana en el abdomen, tal vez hubiera logrado sacarle ventaja al que lo perseguía. Pero al oír cómo se acercaban los pasos, retumbando en los espacios que había entre los edificios de apartamentos y las casitas con forma de pajareras imposibles de diferenciar ni siquiera cuando el sol iluminaba la zona de West Ward de Newark, comprendió que no serían sus piernas las que lo mantendrían con vida.

Kevin giró bruscamente a la izquierda para alejarse de las pocas farolas callejeras que funcionaban y entró en el aparcamiento vacío de un local de Family Dollar; se mantuvo pegado a la cerca de alambre que separaba los espacios para aparcar de las casas en hilera, buscando el hueco que había hecho hacía muchos años, el atajo que seguía utilizando de vez en cuando.

Los gritos llegaban en andanadas, palabrotas insertadas entre órdenes autoritarias. Lenguaje de policías, pero Kevin no estaba seguro de que aquel tipo fuera uno de ellos. La forma en que se había acercado al porche de su casa, sin uniforme, con mucha más seguridad que cualquiera de los que vagaban por el vecindario a la una de la mañana, le había hecho pensar que podía estar ocultando un arma o una placa de identificación.

Kevin ya había sido arrestado con anterioridad; conocía los pasos de ese baile. Además, con todo lo que estaba sucediendo, los policías que sabían dónde encontrarlo también sabían que era mejor no meterse con él. Por su propio bien.

Con todo, las únicas personas que se acercaban a su puerta a esa hora de la noche eran delincuentes o amigos. Este hombre no era ninguna de las dos cosas, lo que constituía un problema, cosa que a su vez significaba que debía escapar.

Pasó las manos por la cerca hasta que un extremo afilado le raspó uno de los dedos. El hueco era estrecho, con bordes puntiagudos. Habían hecho un pésimo trabajo con las pinzas cortadoras años atrás, en el bachillerato, cuando unos amigos y él abrieron esta vía de escape.

El metal le arañó el antebrazo, dejándole un raspón color tiza que no sangraba pero dolía como el demonio. Algo salió corriendo bajo su pie cuando se arrastró por el césped seco y los residuos. Un animal callejero al que había despertado de pronto y que huyó por la noche fría de noviembre en busca de otro escondite.

Tal vez ambos tendrían suerte.

Kevin avanzó dando tumbos, con las manos delante del cuerpo, como si estuviera aprendiendo a caminar. Había otro agujero en la cerca al final de la cuadra, cortado de la misma manera, que llevaba hacia el cementerio Woodland.

Oyó un chillido agudo detrás de sí. Su amigo inesperado había encontrado el hueco y la cerca no parecía tener interés en dejarlo pasar. El metal se agitaba como un llavero dentro de una secadora, y los chillidos furiosos fueron quedando atrás cuando Kevin cruzó por el hueco al final del callejón.

Salió a toda velocidad a la calle y sintió una oleada de adrenalina en las piernas al imaginar a aquel hombre armado con una pistola luchando con el atajo. El cementerio Woodland estaba a la vista; una ráfaga de viento invernal agitó los viejos robles, cuyas ramas frondosas se movieron en un saludo.

Algunos pensaban que en Woodland era más fácil encontrar cadáveres con una linterna que con una pala. El cementerio no era el sitio ideal donde refugiarse si uno deseaba seguir respirando, pero, a menos que uno de los difuntos decidiera abrir sus puertas de par en par y ofrecer a Kevin un escondite con calefacción incluida, iba a tener que servirle. Aquel antiguo cementerio, con sus mausoleos decorados y sus criptas de granito a medio llenar, era un poco lujoso para los residentes del vecindario, que, por lo general, terminaban organizando funerales muchos años antes de que cualquier madre tuviera que pensar en algo así. La mayoría de los que habían sido sepultados en Woodland habían muerto en años recientes; sus vidas habían terminado en la cercana avenida Springfield, uno de los corredores de tráfico de drogas más famosos de Newark.

Cualquiera que estuviera en el cementerio Woodland a esa hora de la noche corría el riesgo de convertirse en residente permanente. Había muchas posibilidades de que se lo llevaran en una ambulancia y dejaran a su afligida familia

preguntándose cómo diablos iba a hacer para pagar el traslado de vuelta al mismo sitio dentro de un coche fúnebre.

Su madre no tendría que preocuparse por eso. Había soltado en el humo de las drogas que fumaba toda responsabilidad hacia él, vivo o muerto, antes de aquellas prácticas de atletismo en el primer año del bachillerato. Papá, por otra parte... Kevin no quería pensar en eso. Tenía que llegar vivo al menos hasta su cumpleaños número veintiuno para dejar que su padre viviera la fantasía de invitarlo a esa primera cerveza legal, a pesar de que ambos sabían que había comenzado a beberlas a escondidas hacía años.

Se ocultó detrás de una estructura de piedra que tenía un ángel pequeño sentado sobre la parte superior. Un bebé desnudo bailando una música que nadie oía. Kevin jamás había entendido por qué la gente ponía esos ángeles cerca de las lápidas. No eran más que niños muertos con alas.

Se inclinó hacia delante, flexionando las rodillas, para intentar apagar el fuego que sentía en el pecho. El ritmo de su corazón pasó de ser el de un martillo neumático al de un bombo; trató de deducir quién lo perseguía y por qué. Pensó en la última vez que había estado en el tribunal. En la última entrega que le había hecho Levon y en la anterior. En el policía de la cicatriz zigzagueante. En el video que guardaba en su teléfono móvil.

Se apoyó contra la piedra, respirando normalmente; solo había oscuridad entre él y el lugar del que había huido.

Estuvo a salvo hasta que giró la cabeza hacia el otro lado y descubrió la sombra que asomaba desde el condominio de piedra situado a su derecha, lleno de gente muerta. Un brazo se elevó; allí donde debía estar la mano había una forma que conocía muy bien.

No corrió.

No se resistió.

No importó.

CAPÍTULO 1

—¿Y ESTÁS SEGURO DE QUE funcionará?

No, no estaba seguro.

—Claro que funcionará —dije mirando a través de las motas de polvo del parabrisas de mi Chevy Impala, nunca demasiado limpio, para luego recorrer con la vista la acera de la comisaría de policía del Tercer Distrito del Departamento de Policía de Newark, buscando al sujeto por el que el agente Anthony Scannell estaba tan preocupado.

—Es que me parece algo... extremo —dijo Scannell tamborileando con los dedos contra el tablero—. ¿Y si dice que no?

Pues entonces, agente Scannell, estarás bien jodido.

—No dirá que no —aseguré, mientras observaba cómo una persona doblaba la esquina que llevaba a los escalones de granito de la comisaría de policía; estaba casi seguro de que no era el sujeto que buscábamos. Pero no podía saberlo con certeza, porque los balbuceos nerviosos de Scannell me distraían y me hacían desear no haber dejado de fumar.

—¿Cómo diablos puedes estar seguro? —preguntó.

No lo estaba.

—Lo estoy —respondí, con la lengua muy por delante del cerebro, como siempre.

—¡Maldita sea, es mi carrera la que está en juego! Estoy con el culo al aire —me informó Scannell, como si yo no lo supiera ya—. Podrías explicarme un poco.

Las quejas me estaban volviendo loco. Scannell era un tipo corpulento, de unos 115 kilos y más de un metro ochenta y cinco de altura. Lo había oído hablar antes, años atrás, cuando ambos estuvimos en la misma sala, pero él no lo sabía. Tenía una voz de barítono natural; era la clase de tipo que usa palabras soeces en lugar de inteligentes para que parezca que tiene algo que decir. Scannell impostaba la voz para que sonara áspera hasta que sentía una bota cerca de la garganta, y entonces se convertía en una mezcla de helio y preocupación. Un niño pequeño con malas calificaciones.

Apreté los dientes, pensé en un cigarrillo y los apreté más todavía. Cuarenta y siete días sin fumar. En cuarenta y siete días había corrido por lo menos diez kilómetros, ahorrado casi quinientos dólares y logrado no parecer completamente espástico en un partido improvisado de baloncesto.

Scannell no iba a enviarme de nuevo a la casilla de salida. Pero yo necesitaba algo para sustituir la nicotina.

Regañar a mi cliente me pareció la mejor opción.

—No estás en posición de hacer preguntas, precisamente —comenté.

—Te he contratado, ¿no?

—Sí, para que te mantenga el culo fuera de la hoguera, no para que te dé una palmadita en la cabeza y te diga que todo va a salir bien.

Scannell se irguió con un gesto levemente amenazante.

—¿Sabes qué sucede cuando alguien me habla de ese modo en el trabajo? —preguntó.

—Si tengo que adivinar, diría que le das una paliza en medio de una redada de narcóticos, te guardas unos seis mil dólares dentro del chaleco y luego presentas un caso de mierda que ni siquiera pasa el filtro de un gran jurado; sientes terror

cuando el sospechoso pasa a recoger sus efectos personales y los nota livianos de contenido, y luego corres a buscar a alguien que te manda a buscarme a mí para que te ayude.

Su rostro se congeló en una expresión estúpida, con la mandíbula caída; Scannell volvió a encogerse en su lado del coche.

—Presuntamente —respondió.

Presuntamente. La palabra inútil que yo solía teclear en frases como “presuntamente disparó a seis personas” o “presuntamente violó a su hijastra”. Un término legal que estaba obligado a utilizar para proteger a esos monstruos, puesto que los juicios por difamación son más comunes que los tatuajes en la parte baja de la espalda.

Después de amedrentar a Scannell, volví a concentrarme en la acera, esperando divisar a Antonio Rice antes de que se acercara a la puerta principal de la comisaría. Estaba ubicada en la calle Market, al norte de Ferry, cerca del barrio de Ironbound. Era un vecindario puramente hispano y portugués, pero estábamos aquí desde hacía casi una hora y yo todavía no había visto a un hombre negro por ningún lado. A menos que Rice hubiera pasado inadvertido mientras debatíamos las cosas de la vida con Scannell, ya debería haber llegado.

Me volví hacia el policía, que miraba por la ventanilla y tramaba cómo vengarse de mí.

—Una preguntita —aclaré—. ¿Cómo estás tan seguro de que Rice vendrá aquí a presentar una denuncia? Puede hacerla por teléfono.

—Ese idiota no lo sabe —respondió.

—¿Y estás seguro de que Rice no es más inteligente que el idiota promedio?

—No; de lo que estoy seguro es de que le he hecho un favor enorme al sargento del Tercer Distrito, y de que cuando alguien llamó para tratar de arrojarme a los leones, le dijo que no aceptaban denuncias por teléfono. Luego tuvo la cortesía de darme tiempo suficiente para buscarte a ti.

Dios bendiga la hermandad policial.

Como si fuera su turno para salir a escena, un hombre negro, delgado, vestido con una chaqueta con estampado de camuflaje, dobló la esquina de la comisaría; caminaba con paso decidido y renqueaba levemente. Llevaba el pelo en rastas trenzadas, igual que en la fotografía de la ficha policial que yo había visto en el sitio web de la penitenciaría estatal.

—Ahí está, es él —murmuró Scannell, muy erguido.

Aguardé unos segundos para permitir que Rice se acercara más a la comisaría y vi que Scannell perdía la calma. Una pequeña parte de mí deseaba permanecer en el coche y dejar que el universo sacara su basura. Pero necesitaba el dinero más de lo que el departamento de policía necesitaba deshacerse de un imbécil como Scannell, que sin duda alguna iba a espantarme clientes cuando inevitablemente se quejara, en todos los bares de policías de aquí hasta Montclair, de haberse quedado sin trabajo.

Noviembre me saludó con una ráfaga helada cuando descendí del coche, y me obligó a ceñirme la chaqueta alrededor del cuerpo mientras cruzaba la calle para interceptar a Rice.

—Disculpa —dije, casi trotando para ponerme a la par. Me ignoró.

—Eh, jefe —probé de nuevo, y obtuve un medio giro de cabeza, pero nada más.

—¡Eh, Tonio! —grité—. ¡No corras tanto, carajo!

Se detuvo y se volvió.

El idioma vernáculo de Newark era abrasivo.

Antonio me miró de arriba abajo, tratando de deducir si me conocía. Si era policía o delincuente. Amigo o enemigo. Estaba a cincuenta metros de una comisaría y ni siquiera allí se sentía seguro. Era el tipo de escepticismo ensayado que impedía que los depredadores se convirtieran en presas en las zonas Oeste y Sur de Newark.

Al menos por un rato.

—No te conozco —declaró.

—No.

—Pero sabes mi nombre.

—Digamos que sí. Y también por qué estás aquí —dije.

Antonio dio un paso atrás y se llevó instintivamente la mano a la cintura.

—No vas armado, Antonio. Tú y yo sabemos que no vas a entrar en la comisaría a presentar una denuncia contra un agente llevando una pistola oculta —proseguí—. Además, solo quiero hablar.

—Habla, entonces. Comienza por decirme cómo diablos supiste que iba a estar aquí y por qué. No, espera, primero dime quién carajo eres.

—Me llamo Russell Avery —respondí—. Y creo que esto será mucho más fácil si no entras en ese edificio.

—¿Es una amenaza?

Me pasé una mano por el pelo y estiré el cuello. ¿Por qué diablos estaban todos tan a la defensiva, siempre?

—No. Yo no lanzo amenazas. Creo en el beneficio mutuo. Mira, si entras en la comisaría, no vas a estar más cerca del dinero que te falta —dije—. Si no entras, las cosas podrían resolverse de otra manera.

—¿Y qué si no se trata de dinero, eh? —preguntó Antonio—. A lo mejor solo quiero que ese gordo hijo de puta pague por lo que ha hecho, quiero cumplir con mi deber cívico, ¿me captas?

—Siempre se trata de dinero, Antonio. Pero te seguiré la corriente, si quieres fingir que no es así —dije—. Bien, supongamos que entras en la comisaría, ¿de acuerdo? Presentas la denuncia. Te reúnes con un detective del tan mentado departamento de Asuntos Internos. Luego, el “gordo hijo de puta”, como tan bien lo describes, viene hasta aquí para defenderse de los cargos con un abogado del sindicato. Después llega el juicio administrativo. ¿Sabes con qué frecuencia eso termina

con problemas para el policía? Toma el uno, transfórmalo en un cero y agrégale un nunca. Y no estoy exagerando, es matemática pura. El año pasado, este departamento tuvo algo así como doscientas denuncias de este tipo. A los policías los castigaron unas cinco veces. ¿Te gustan esas probabilidades?

—Hablas y hablas, hermano —se quejó él.

—Y no he terminado. Así que él sale indemne, porque por supuesto que saldrá indemne, y tú te conviertes en el enemigo público número uno para él y para todos sus compañeritos de Delitos Graves. Lo que significa que la próxima vez que vayan a buscarte, no va a ser con un cuento de posesión de estupefacientes. Te prepararán una buena montaña de mierda. Y de paso te molerán a palos. O también, visto que habrás encabronado realmente a los muchachos por haberte metido con Asuntos Internos, es posible que decidan que te vieron intentando sacar un arma. Y decidieron que sus vidas corrían un peligro inminente.

Mantuvo la mirada fija, pero yo ya seguía con los ojos el sonido de su pie golpeando la acera en todas las direcciones. Hacía frío, pero no tanto.

—Por si te lo estás preguntando, esa es la amenaza —dije.

Tenía serias dudas de que Scannell o sus amigos intentaran matar a este muchacho. O a cualquier otra persona, para el caso. Pero resultaba creíble. Para Antonio y posiblemente para mucha gente de la ciudad. No sabía si eso hablaba más de ellos o del departamento en sí.

Antonio adelantó levemente la barbilla, se mordió el labio y mantuvo su mirada de “no te metas conmigo”, como si eso fuera a cambiar algo.

—¿Y cuál vendría a ser la otra forma de resolver las cosas? —preguntó.

—Esta: yo te doy ocho mil. Tú finges que nunca me has visto.

—¿Ocho?

—Intereses, por las penalidades y el sufrimiento.

—¿Crees que puedes comprarme así, sin más?

Sentí deseos de sermonearlo sobre lo demencial que era que un traficante de drogas se pusiera a moralizar, pero recordé para quién trabajaba y qué estaba haciendo.

—Tengo el dinero en el bolsillo de la chaqueta, Antonio, por si te interesa.

Sus ojos bajaron hacia mis bolsillos. Nos quedamos así un minuto, sosteniendo la farsa de que necesitaba tiempo para pensarlo.

Pero ambos sabíamos cómo funcionaba el mundo.

Aguardé junto a mi coche una vez que terminamos, para asegurarme de que Antonio no fuera a arrepentirse y sufrir una crisis de conciencia. En un lapso de cinco minutos, había ayudado a que un policía corrupto conservara su empleo y tal vez financiado un mes de venta de cocaína de Antonio.

En ese momento, un poco de conciencia no me habría venido del todo mal.

* * *

Mi conciencia tenía los ojos enfocados en el periódico para el que yo ya no trabajaba y utilizaba un codo para mantener la página fija sobre la mesa mientras tomaba cucharadas de un bol de sopa con la mano libre. Estaba sentada al fondo de un local llamado Delicia Paradisiaca, un antiguo edificio de ladrillos que no tenía letrero en la fachada, por lo que se sabía que era bueno y barato. Hacían una excelente sopa de rabo de buey.

Estaba murmurando por lo bajo, leyendo el artículo en un susurro incoherente o comentándolo, cuando me senté frente a ella y me golpeé la rodilla contra la pata de la mesa.

Una ola de sopa rompió fuera del bol y convirtió un anuncio publicitario de coches usados en un charco pegajoso.

—Imbécil —dijo Key.

—Siento estropearle el periódico —ironicé.

—No es por eso por lo que eres un imbécil.

—Bueno, hay una lista larga de razones...

—No empieces con las bromas —dijo Key levantando sus enormes ojos del periódico y posándolos en mí. Esta mujer tenía que dejar el café y pasarse al té, de veras. Tenía las pupilas de un tamaño a mitad de camino entre el túnel Lincoln y la luna.

—Hablé con Antonio —comentó—. Parece que está todo arreglado.

—¿Te sorprende? —pregunté.

—También me dijo que lo amenazaste.

—Es una interpretación muy estricta de esa palabra —repliqué—. Simplemente le hice ver cómo podían ramificarse todas sus decisiones.

—Suena como una forma sofisticada de decir que lo amenazaste —me informé.

—Oye, teniendo en cuenta que, de los dos, el escritor soy yo...

Ladeó la cabeza y me interrumpió, y después golpeó el periódico con una de sus uñas sin barniz ni manicura.

—Ah, ¿así que eres escritor? ¡Qué curioso! —exclamó—. Ya no veo tu nombre aquí.

—Qué golpe bajo, Key.

—Igual que el que le diste tú al pobre Tonio —replicó.

—A Tonio le ahorré muchos más problemas de los que suele tener y le hice ganar suficiente dinero para que pueda delinquir a placer. “Pobre” no es la palabra indicada.

Ahora sonrió. Me encantaba hacerla sonreír. Era lo único que impedía que me abofeteara.

Durante todo el tiempo en que yo anduve rebotando de un lado a otro por la ciudad de Newark, Keyonna Jackson había sido mi consejera, guía, amiga, fuente y, cuando más lo necesitaba, el cable a tierra que me conectaba con la realidad.

Nos habíamos conocido cuando yo era reportero o, como me gusta recordarlo, en aquella breve época en la que yo tenía alguna relevancia.

Durante mi primer año, hubo un aumento demencial de homicidios en la ciudad. Diez días, diez cadáveres. Chicago o Baltimore podían tener esas cifras durante un fin de semana, pero Newark cabía doce veces en cualquiera de esas ciudades.

Cuando una ciudad es grande, pero no enorme, la gente tiende a conocer a los muertos y moribundos como algo más que nombres que figuran en los informes policiales. Son primos, vecinos, el muchacho que es dueño de la bodega de la avenida Elizabeth o el chico que no para de hablar en la clase de matemáticas de tu hijo.

Como muchos de sus conciudadanos, Key conocía al menos a uno de los que murieron aquella semana. A diferencia de la mayoría de sus conciudadanos, decidió hacer algo al respecto.

En un miércoles particularmente tórrido de agosto, Key y algunas otras personas bloquearon el tránsito cerca de la calle Meeker. Una semana después, ya eran treinta personas. Luego, cincuenta. Al mes siguiente se sumaron unas veinticinco más. El departamento comenzó a enviar policías para controlar las manifestaciones, y las cámaras de los informativos los siguieron, como hacen siempre.

No transcurrió demasiado tiempo hasta que las diatribas de Key, gritadas por el megáfono, terminaron en YouTube. Los videos de su desordenado cabello color carbón y sus enormes camisetas negras —por lo general confeccionadas esa misma semana en una imprenta cercana y grabadas con los nombres de los muertos más recientes de la ciudad— tenían muchas vistas. De vez en cuando derrapaba y sugería que arrestaran al alcalde por negligencia, o algo por el estilo. A mí me parecía una locura, pero, claro, yo no vivía en la zona de South Ward. Si el llegar a mi casa sano y salvo todas las noches hubiera sido

como arrojar una moneda al aire y ver qué sale, es posible que yo también hubiera estado allí con Key.

El total de homicidios de la ciudad bajó al año siguiente. Y al cabo de otro año volvió a bajar. La gente dejó de seguir a Key en las calles y mi tribu se distrajo con un senador que utilizó fondos de campaña para esconder el hecho de que se estaba encamando con alguien que no era su esposa.

Las protestas fueron muriendo, pero la gente también, justo a un ritmo que la ciudad podía hacer pasar por progreso. El tiempo no cura las heridas, pero ayuda a acostumbrarse a las cicatrices.

Key siguió enviando mensajes de texto todas las semanas, anunciando otra manifestación en algún cruce de calles. Miércoles a las 17 horas: un grupo de activistas recalcitrantes que se consideraban la Coalición Contra la Violencia de la ciudad. Hablaron por el megáfono, pero no asistió nadie de los que tenían que escuchar. La ciudad solamente brindaba su apoyo a las personas como Key cuando estaba enfadada, y en aquel momento Newark soportaba su estándar normal de situación de mierda, pero tolerable.

—¿Viniste hasta aquí solo para que te regañe? —preguntó Key con los ojos fijos otra vez en el periódico.

—Quería saber si tenías alguna otra cosa para mí.

La mayor parte de mi trabajo provenía de policías; en gran medida, consistía en arreglarles la situación a agentes como Scannell que se habían metido en problemas. Técnicamente, yo era un investigador privado con licencia, pero no me dedicaba demasiado a la investigación. Más que nada resolvía problemas, arbitraba, hacía de mediador. Pónganle el rótulo laboral que deseen.

Era menos caro que un abogado y los policías que llamaban a mi puerta estaban más que dispuestos a pagar para que les evitara una investigación interna. Tenía suficientes contactos callejeros de mis días de periodista —gente como Key—,

lo que me permitía, por lo general, antes de que algo quedara escrito en papel, poder negociar la paz con quienquiera que estuviera pensando en presentar una denuncia. Siempre y cuando uno de los dos pagara una comisión.

—No puedo creer que te esté faltando trabajo, Russ —dijo Key—. Viendo la manera en que les estás salvando el pellejo a los de Delitos Graves, terminarás por dejar en bancarrota al abogado del sindicato.

—Recuérdame por qué vas a volver a caerme bien.

—Porque puede que tenga algo para ti que no te provoque ganas de vomitar cuando lo termines —respondió.

—Ya me caes bien otra vez.

Key volvió la página que había estado leyendo y señaló con el dedo un ancho rectángulo gris, a dos columnas, repleto de texto que pasaba de letra en negrita a cursiva y a redonda.

Su uña afilada permanecía suspendida, en la sección de Ley y Orden, sobre un breve artículo que hablaba de un homicidio. Fijé la vista en el autor y vi un nombre que me provocó un dolor imaginario en el pecho.

El artículo mencionaba a alguien llamado Kevin Mathis, que “fue abatido de un disparo en el cementerio Woodland aproximadamente a la una de la mañana del miércoles. No ha habido declaraciones por parte del vocero de la policía en cuanto al motivo, y tampoco se ha identificado a un sospechoso”.

—¿Y? —pregunté.

—Ha muerto un chico —respondió Key.

—¿Ha muerto un chico en la zona oeste, nada menos que en Woodland, a esa hora? Sabes perfectamente de qué se trata.

Key hizo un vano intento de entornar sus enormes ojos de caricatura. Me di cuenta de cómo sonaban mis palabras. También me di cuenta de que era probable que yo tuviera razón.

—¿Supones, así como así, que se trata algo relacionado con bandas?

—No; supongo, así como así, que se trata de algo relacionado con drogas —respondí—. Aquí, las bandas son solo traficantes que se ponen nombres ridículos en clave, ya lo sabes.

—Pues el padre de este chico parece pensar de otro modo —replicó ella.

—No me jodas, Key. ¿Vas a dejar que un padre de buen corazón se crea sus propias patrañas? —exclamé—. Ya sabes cómo termina esto. Antes, yo recibía llamadas como esta una vez por semana. A nadie le gusta creer que su hijo ha muerto a causa de la mierda en que él mismo se metió.

—Este padre dice que puede demostrarlo —dijo Key apoyándose contra el respaldo del asiento y cruzando los brazos. Me dirigió la mirada de madre decepcionada que yo había aprendido a detestar y temer en los seis años que hacía que nos conociáramos.

—¿Demostrarlo? —exclamé—. ¿Tiene una confesión firmada por el que disparó? “Estimado señor...” —Tuve que buscar en el periódico el apellido del chico muerto—. “Estimado señor Mathis” —continué—. “He liquidado a su hijo porque soy una porquería de ser humano. En realidad, él era un buen chico y no lo merecía”.

Me puse de pie.

—¿Qué más vas a decirme, Key? ¿Que ese chico iba a hacer un cambio para mejor en su vida? —ironicé—. ¿Que iba a conseguir un empleo en Home Depot? Hace demasiado que estamos en esto como para dejarnos engañar como principiantes.

Se puso de pie y me fulminó con la mirada.

—Acabas de arrojarme encima todos los prejuicios y estereotipos que existen —declaró.

Quise replicar, pero mi lengua se había quedado sin municiones. Key tenía razón y lo sabía. Y yo no pensaba pasar de Guatemala a Guatepeor siguiendo la discusión con ella.

—Habla con ese hombre. En privado. Investiga —me pidió—. Es tu trabajo, ¿no?

—No tengo tiempo para esto, Key, de verdad —repliqué.

—En mi opinión, tienes todo el tiempo del mundo. Yo no tengo ningún otro trabajo para ti —dijo—. A menos, por supuesto, que quieras seguir haciendo lo que estuviste haciendo todo el día.

Me quedé mirándola, pero en lugar de ver las arrugas de sus ojos vi el rostro gordo de Scannell, oí su aliento a café y oí su quejumbroso ruego de que lo salvara por incompetente y cuasi corrupto. Pensé en que él cobraría una pensión mientras que yo terminaría de pagar los préstamos de la universidad justo a tiempo para adquirir una hipoteca.

No quería hacer nada por los policías ni por este padre sufriente que se negaba a aceptar que su hijo traficante había muerto por motivos de hijo traficante.

Pero los policías nunca me miraban de la manera en que me miraba Key.